

Santa Teresita del Niño Jesús

o

HISTORIA DE UN ALMA

ESCRITA POR ELLA MISMA

1873-1897

*«Vine a traer fuego a la tierra;
¿qué más quiero sino que arda?»*

San Lucas, XII, 49

Acuérdate de esta tan dulce llama,
que en el corazón quieres tú prender,
la pusiste en mi alma, y yo deseo
sus divinos ardores encender.

Una débil centella es suficiente
para un inmenso incendio. Acuérdate
yo deseo ¡oh Dios mío!
llevar lejos sus llamas
Acuérdate.

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 SEVILLA

www.apostoladomariano.com

1980-1981

1982-1983

1984-1985

1986-1987

1988-1989

1990-1991

1992-1993

1994-1995

1996-1997

1998-1999

2000-2001

ISBN: 84-7770-414-7
Deposito Legal: Gr. 1980-99
Imprime: Azahara S.L.
Printed in Spain

CAPITULO I

PRIMERAS NOTAS DE UN CANTO DE AMOR RECUERDOS ENTRE LOS DOS Y LOS CUATRO AÑOS

*A la Rda. Madre Inés de Jesús
(Su hermana PAULINA)*

1. A V. R., Madre querida, a V. R., que es dos veces mi madre, confío «*La historia de mi alma*». El día en que me la pidió temí que disipara mi corazón; pero desde entonces acá me ha hecho comprender Jesús que, obedeciendo con sencillez, le sería agradable. Comenzaré pues, a entonar el cántico que repetiré eternamente: *¡Las misericordias del Señor!* Antes de tomar la pluma, heme posttrado ante aquella imagen de María Santísima que tantas pruebas ha dado a mi familia de la maternal preferencia de la Reina del cielo; hela suplicando que guíe mi maño para que no trace ni una sola línea que no sea de su agrado; he abierto luego los Santos Evangelios, tropezando mis ojos con estas palabras: *Subiendo Jesús a un monte, llamó a sí a aquellos que les plugo*. Muy claro se ve aquí el misterio de mi vocación, la de mi vida entera, sobre todo, el misterio de los privilegios de Jesús en mi alma. No llama el Señor a los que son dignos, sino a quienes le place. Según dice San Pablo: *Dios se compadece de quien quiere y usa de misericordia con quien le place hacerlo. No obra por sí el que quiere ni el que corre, sino Dios que le hace misericordia.*

2. Durante mucho tiempo me pregunté por qué tenía Dios sus preferencias; por qué no repartía por igual sus mercedes. Extrañaba yo verle prodigar favores extraordi-

narios a pecadores tan grandes como Pablo, Agustín, María Magdalena y tantos otros a quienes obligaba, por decirlo así, a recibir sus gracias. Cautivábame también la atención, al leer la vida de los santos, ver como acariciaba el Señor a ciertas almas desde la cuna al sepulcro, apartándoles del camino todos los obstáculos que las impedían llegar a El, sin permitir que el pecado empañara jamás el nítido esplendor en su vestidura bautismal. Me preguntaba a mí misma por qué en los pobres salvajes, por ejemplo, mueren casi todos sin haber oído siquiera pronunciar el nombre de Dios.

3. Jesús se dignó ilustrarme acerca de este misterio. Puso ante mi vista el libro de la naturaleza y vi que todas las flores por El creadas eran hermosas; que el esplendor de la rosa y la blancura de la azucena no amenguan en nada el perfume de la humilde violeta, ni quitan nada a la sencillez hechizadora de la margarita. Comprendí que si todas las florecitas quisieran ser rosas, perdería la naturaleza la galanura primaveral y ya no estarían los campos esmaltados de florecitas. Lo mismo ocurre en el jardín animado del Señor, en el mundo de las almas, pues a semejanza de las rosas y azucenas, le plugo crear los grandes santos; mas también creó otros más pequeños, que se contentarán con ser humildes margaritas o sencillas violetas, destinadas a recrear sus divinos ojos cuando los inclina a sus pies. Cuanto más las flores se gozan en hacer la voluntad divina, tanto son ellas más perfectas.

4. Comprendí, además, otra cosa... y es que el amor de Nuestro Señor revélase lo mismo en el alma más sencilla, que no opone ningún obstáculo a su gracia, que en la más sublime. En efecto: propio del amor es humillarse; si todas las almas se asemejasen a las de los santos Doctores que iluminaron la Iglesia, parece que Dios nos descendería bastante bajo llegándose a ellas. Pero no ha creado también al niño desvalido, que nada sabe sino gemir débilmente; ha creado al pobre salvaje, sin más brú-



«DESPUES DE MI MUERTE HARE CAER
UNA LLUVIA DE ROSAS»

jula para gobernarse que la ley natural, y hasta esos corazones se digna bajar. Estas son *las flores del campo*, cuya sencillez le enamora; y por el solo hecho de descender tan bajo, muestra el Señor su infinita grandeza. A la manera como el sol ilumina a la vez el alto cedro y la florecita, ilumina el Astro divino cada alma en particular, sea grande o pequeña, y todo lo encamina a su bien; al igual que en la naturaleza, están dispuestas a las estaciones de manera que a su debido tiempo florezca hasta la más humilde margarita.

* * *

5. Sin duda se preguntará sorprendida Madrecita mía, adónde quiero ir a parar con estos preámbulos que en nada se relacionan con mi vida; pero, ¿no me ha ordenado que exprese sin trabas de ninguna especie lo que naturalmente me venga al pensamiento? No es, pues, *mi vida* propiamente dicha la que encontrará en estas páginas, sino más bien *mis pensamientos* acerca de las gracias que se ha dignado concederme Nuestro Señor. Me encuentro en aquella época de mi existencia en que puedo echar una ojeada a lo pasado; ha madurado mi alma en el crisol de las pruebas interiores y exteriores. Hoy, cual la flor después de la tormenta, levanto la cabeza y veo realizarse conmigo las palabras del salmo:

El Señor es mi Pastor; nada me faltará. El me hace descansar en pastos amenos y fértiles; me lleva suavemente a lo largo de las aguas. Conduce mi alma sin cansarla... Pero aunque bajase al valle de la sombra de la muerte, no temería ningún desastre, porque tú estarás conmigo, Señor.

Sí, siempre ha sido el Señor conmigo *compasivo y benigno, tardo en airarse, y de gran clemencia*. Por tanto, es dicha verdadera para mí celebrar sus inefables beneficios al referirlos a V. R., Madre mía. Voy, pues, a escribir

la historia de esta *florequilla* cogida por Jesús, mas *para V. R. solamente*; con esta convicción, hablaré con entera confianza, sin cuidarme del estilo ni de las muchas digresiones que haré: el corazón de una Madre entiende siempre a su hija, aunque sólo sepa ésta balbucear; tengo, pues, la seguridad de que V. R. me comprenderá y me adivinará, por ser la que ha formado y ofrecido a Jesús mi corazón.

6. Si una florecita tuviera el don de la palabra, me parece que diría con sencillez cuánto ha hecho Dios por ella, y no intentaría ocultar sus dones. A pretexto de humildad, no diría que carece de gracia y de fragancia; que el sol ha descolorido su esplendor y la tormenta tronchó su tallo, teniendo la convicción de que es todo lo contrario. La flor que va a referir su historia se regocija al tener que publicar las atenciones verdaderamente gratuitas de Jesús. Reconoce que nada había en ella capaz de atraer sus divinas miradas; que sólo su misericordia la ha colmado de bienes. El es quien la hizo nacer en una tierra santa, saturada de fragancia virginal; El es quien la hizo preceder de *ocho azucenas* resplandecientes de blancura. Su amor quiso preservarla del envenenado soplo del mundo; y cuando apenas comenzaba a entreabrirse su corola, la trasplantó el buen Maestro a la Montaña del Carmen, selecto jardín de la Virgen María.

7. En breves palabras acabo de resumir lo que Dios ha hecho conmigo, Madre mía; entraré ahora en los detalles de mi infancia; sé que para cualquiera otra persona resultaría enojosa esta relación, pero su corazón de Madre se complacerá en leerla. Además, los recuerdos que voy a citar son también los suyos, ya que pasé a su lado mi infancia y tuve la dicha de pertenecer a los piadosos padres que nos rodearon de los mismos cuidados y ternuras. Dígnense bendecir a la menor de sus hijas y ayúdenla a cantar las divinas misericordias.

8. Hasta mi entrada en el Carmen, distingo en la *historia de mi alma* tres períodos muy bien determinados; a pesar de su corta duración, no es el primero el menos fecundo en recuerdos; abarca desde el despertar de mi corazón hasta la partida de nuestra madre a la patria celestial, es decir, hasta la edad de cuatro años y ocho meses.

Dignose Dios abrir mi inteligencia muy temprano y grabar tan profundamente en mi memoria los recuerdos de la infancia, que estos sucesos pasados me parecen ocurridos ayer. Sin duda quería Jesús darme a conocer y apreciar la madre incomparable que me diera. ¡Ay!, su mano divina pronto me la arrebató para coronarla en el cielo.

9. El Señor se ha complacido en rodear de cariño mi vida entera; mis primeros recuerdos están llenos de las más tiernas sonrisas y caricias. Mas no sólo colocó junto a mí tanto amor, sino que también lo infundió en mi corazóncito, haciéndolo tierno y sensible. ¡No es posible imaginar hasta qué punto amaba yo a mi padre y a mi madre! Mi índole, naturalmente expansiva, les demostraba este amor de mil maneras; hoy no puedo menos de reirme al recordar los medios que empleaba en aquella época de mi vida.

10. V. R. se ha servido Madre mía, entregarme las cartas que mamá le dirigía cuando V. R. era educada en la Visitación de Le Mans; recuerdo perfectamente los hechos que en ellas refiere, pero me será más difícil citar sencillamente algunos párrafos de estas lindas cartas, a veces demasiado lisonjeras para mí, como dictadas por el amor fraternal.

He aquí algunas líneas de mamá, en confirmación de lo que yo decía respecto al modo de demostrar mi cariño a mis padres:

11. «¡La chiquitina es un diablillo sin rival, que me acaricia deseándome la muerte! –¡Ay cuánto me gustaría

que te murieras, pobre mamaíta mía!— y al reprenderla por tan extrañas palabras, contesta con aire sorprendido:

—¡Pero si yo lo digo para que te vayas al cielo; ya que tú afirmas que para ir allá ha de morirse uno!

Cuando la dominan estos *extremos de amor*, también le desea la muerte a su padre.

Esta hija de mi alma no me quiere dejar un momento. Continuamente está pegada a mí; a todas partes me sigue con alegría, particularmente al jardín; pero no quiere quedarse en él si yo no estoy con ella; llora de tal manera, que se ven obligados a traérmela. No hay quien le haga subir la escalera solita, si no es llamándome a cada escalón: ¡Mamá!, ¡mamá! Tantos escalones, tantas *mamá*s. Y si, por desgracia, dejo de contestarle una sola vez: *Aquí estoy, hijita mía*, se para en seco, sin avanzar ni retroceder un paso».

12. Iba yo a cumplir tres años cuando escribía mi madre lo siguiente:

«... El otro día me preguntaba Teresita si iría al cielo. —Si eres muy buena, sí que irás— le contesté. —¡Ay, mamá! —me replicó entonces—; si no fuera buena, ¿me iría al infierno?... Pero yo haría una cosa: me iría volando a juntarme contigo que estarás en el cielo, y tú allí me apretarías muy fuerte en tus brazos, y ¿cómo se arreglaría Dios para cogerme?— Leí claramente en sus ojos que estaba persuadida de que Dios nada podría con ella si se escondía en los brazos de su madre.

13. —María ama mucho a su hermanita, porque es una niña que a todos nos da muchas alegrías. Es su franqueza extraordinaria: graciosísimo es verla correr tras de mí para hacerme su confesión: —Mamá, he empujado a Celina una vez; la he pegado una vez, pero no volveré a hacerlo ya.

En cuanto comete la menor trastada, ha de enterarse todo el mundo. Ayer, porque rasgó sin quererlo una esquinita de papel de la pared, daba lástima ver cómo se

puso, pidiendo además que se lo dijeran al punto a su padre. Cuando entró éste en casa cuatro horas después de lo sucedido, nadie se acordaba ya de nada; pero ella corrió a decirle a María: —Cuéntale pronto a papá que he rasgado el papel.— Y allí estaba como un criminal que espera su condena; pues se le ha metido en la cabecita que si se acusa la perdonarán más fácilmente».

14. Al ver aquí el nombre de mi querido papá me vienen espontáneamente a la memoria ciertos recuerdos muy alegres. Siempre que entraba en casa, corría invariablemente a su encuentro, me sentaba en una de sus botas, y en esta posición me paseaba por las habitaciones y por el jardín todo el tiempo que se me antojaba. Decía mi madre riendo que hacía siempre mi santa voluntad, y él le contestaba: «¡Qué quieres, si es la *reina!*» Y estrechándome en sus brazos, me levantaba muy alto, me sentaba en sus hombros, me besaba y acariciaba de mil maneras.

Mas de ningún modo puedo decir que me mimara. Recuerdo muy bien que un día me columpiaba jugueteando, pasó él y me llamó diciéndome: —¡Ven a darme un beso, reina mía!— Contra mi costumbre, no quise moverme, y le respondí con aire revoltosillo: —Moléstate en venir, papá.— Se marchó sin hacerme caso, e hizo muy bien. Pero María, que se hallaba presente, me dijo: —Chiquilla mal educada, ¡cómo se entiende contestar así a su padre!— La lección hizo efecto; salté al punto del fatal columpio, y en toda la casa resonaron mis acentos de contrición. Subí corriendo la escalera, mas esta vez sin gritar *mamá* a cada escalón; mi único pensamiento era hallar a mi papá y reconciliarme con él, lo cual fue cuestión de un momento.

15. No podía soportar un momento la idea de haber contristado a mis amantísimos padres, y reconocer mis faltas era cosa de un instante, como lo demuestra este otro rasgo de mi infancia, relatado tan al natural por mi misma madre:

«Una mañana quise besar a Teresita antes de bajar. Como me parecía profundamente dormida en su camita, no me atrevía a despertarla; pero me dijo María: —¡Estoy segura de que hace la dormida, mamá!— Entonces me incliné para besarla en la frente; mas se escondió precipitadamente debajo de las sábanas, diciéndome con tono de niña mimada: —No quiero que me vean.— Esto me desagradó bastante y se lo di a entender. No habían transcurrido dos minutos, cuando la oí llorar y de pronto, con gran sorpresa mía, la vi a mi lado. Había saltado solita de la cama; había bajado la escalera con los pies descalzos, enredándose en su camisa de dormir, más larga que ella; y con la carita inundada de lágrimas me dijo, echándose a mis pies: —¡Mamá, mamá, he sido mala, perdóname!— ¡Bien pronto quedó perdonada! Cogí en brazos a mi querubín y estrechándolo contra mi corazón, lo besé».

16. Recuerdo también el grandísimo cariño que sentí desde entonces por mi querida madrina que acababa de terminar sus estudios en la Visitación. Sin darlo a entender, fijaba mi atención en todo lo que pasaba y decían en torno mío; me parece que juzgaba las cosas tal como ahora. Estaba muy atenta a lo que mi madrina enseñaba a Celina y para alcanzar el favor de ser admitida en su cuarto durante las lecciones estaba muy quieta y le obedecía en todo. En recompensa, me colmaba de regalos, los cuales, a pesar de su poco valor, me proporcionaban grandísima alegría.

17. Verdaderamente, sentíame orgullosa y satisfecha de mis dos hermanas mayores; pero como me parecía que Paulina estaba muy lejos, todo el santo día no pensaba sino en ella. Cuando apenas empezaba a hablar, y me preguntaba mi madre: —¿En qué piensas?— invariablemente te respondía: —En Paulina— Oía decir a veces que Paulina sería monja, y sin saber a punto fijo lo que significaba esto, pensaba: —¡Yo también seré monja!— Este es

uno de mis primeros recuerdos; desde entonces jamás cambié de resolución. El ejemplo de esta querida hermana fue, pues, lo que me llevó desde la edad de dos años, en pos del celestial Esposo de las vírgenes. ¡Cuántos dulces recuerdos quisiera confiarle aquí, Madre mía, acerca de mis relaciones con Vuestra Reverencia! Pero me extendería demasiado...

18. Mi querida Leonia ocupaba también lugar preferente en mi corazón; me quería mucho, y cuando volvía de dar clase, al anochecer, mientras la familia estaba de paseo, se quedaba conmigo; todavía me parece escuchar su dulce voz, y las bonitas cantinelas que me cantabas para hacerme dormir. Recuerdo perfectamente la ceremonia de su primera Comunión. Mi madre siguiendo la piadosa costumbre de las familias acomodadas de Alenzón, vistió a una niña pobre que fue la compañera de mi hermana en aquel bendito día. También me acuerdo muy bien de ella; no se separó un instante de Leonia, y por la tarde, en el convite de la familia, le reservaron el sitio de honor. Desgraciadamente, era yo demasiado pequeña para asistir a aquel piadoso festín; pero algo participé de él, gracias a la bondad de mi padre, que a los postres fue a llevar a su reinecita un dulce del ramillete central.

19. Réstame ahora hablar de mi compañerita de infancia, de mi Celina. Son tantísimos los recuerdos que conservo de ella, que no sé cuáles escoger. Las dos os entendíamos perfectamente; pero yo era mucho más viva y menos ingenua que ella. La siguiente carta le recordará, Madre mía, a qué extremo llegaba su dulzura y a qué otro mi malignidad. Tenía yo entonces cerca de tres años y Celina seis y medio.

«Mi Celina es muy inclinada a la virtud; en cuanto al *huroncito*, no se sabe aún que tal será. ¡Es tan chiquitín y tan atolondrado! Es una niña muy inteligente, pero su carácter es mucho menos manso que el de su hermana, y sobre todo su terquedad es casi invencible. Cuando dice

que *no*, nada le hace ceder; antes pasaría todo el día y la noche entera encerrada en el sótano que decir que *sí*».

20. Tenía yo además un defecto que no menciona mi madre en sus cartas; tal era un amor propio excesivo. Como muestra, citaré dos ejemplos:

Un día, queriendo probar mi madre hasta dónde llegaba mi orgullo, me dijo sonriendo: –Teresita, si besas al suelo, te daré una perra chica.– Cinco céntimos eran para mí una fortuna, y para ganarlos en aquella ocasión, no tenía que rebajar mucho mi grandeza, pues mi exigua personita se elevaba muy poco sobre el suelo. Esto, no obstante, se rebeló mi orgullo, y poniéndome muy tiesa, contesté a mamá: –¡Ah, no, mamita, prefiero quedarme sin los cinco céntimos!

En otra ocasión, habíamos de ir a casa de unos amigos que vivían en el campo. Mamá le dijo a María que me pusiera mi mejor vestidito, recomendándole no me dejara los brazos en el aire. No repliqué ni una palabra, y hasta demostré la indiferencia que deben tener los niños a esa edad; pero pensé interiormente: –¡Hubiera estado mucho más linda con mis bracitos al aire!

21. Me hago muy bien cargo de que, con semejante naturaleza, a no haber sido educada por padres virtuosos, hubiera sido muy mala andando el tiempo, y aun quizá me hubiera condenado eternamente. Pero Jesús velaba por su pequeña esposa, e hizo que todos esos defectos se volviesen provechosos para ella, pues, combatidos a tiempo, le sirvieron a adelantar en la perfección. Efectivamente: bastaba que me dijeran una sola vez: «Tal cosa no se hace», para que el amor propio y el amor al bien me impidieran volver a hacerla. Por las cartas de mi querida mamá, veo con gusto que, conforme iba creciendo, le daba más consuelos; los buenos ejemplos que sólo tenía ante mi vista, me impulsaban a imitarlos. Véase lo que escribía mi madre en 1876:

«Hasta Teresita se empeña en hacer sacrificios. María

dio a sus hermanitas unos rosarios hechos ex profeso para contar los actos de virtud; pero lo más curioso es ver cómo Teresita mete mano en su bolsillo cien veces al día para correr una cuenta de su rosario cada vez que hace un sacrificio. Es graciosísimo también oír las verdaderas conferencias espirituales que sostienen las dos hermanitas entre sí. El otro día preguntaba Celina: —¿Cómo es posible que Dios esté en una hostia tan pequeña?— Contestole Teresa: —No es tan extraño, puesto que Dios es todopoderoso. —¿Qué quiere decir todopoderoso? —Quiere decir que hace todo lo que quiere.

Las dos son inseparables y no necesitan de nadie para distraerse. El ama regaló a Teresita un gallo y una gallina de raza pequeña; pues al punto la nena dio el gallo a su hermana. Cada día, después de comer, Celina se apodera de su gallo; lo recoge de golpe así como la gallina, y van a sentarse junto al fuego, donde pasan jugando gran rato.

Una mañana se le ocurrió a Teresa dejar la cama y pasar a la de Celina. La niñera la buscaba para vestirla; estrechándola muy fuerte entre sus brazos, le dice: —Déjame, Luisa: ¿no ves que nos pasa como a las gallinitas blancas? ¡No podemos separarnos!

22. Era mucha verdad; yo no podía pasar un momento sin Celina. Prefería no concluir de comer mis postres a dejar de seguirla en cuanto se levantaba de la mesa; resolvíame entonces en mi elevada silla, queriendo bajar muy pronto, y nos íbamos a jugar juntas.

23. Era yo demasiado pequeña para asistir los domingos a la Misa Mayor, por lo que mamá se quedaba en casa conmigo. Entonces ponía especial cuidado en portarme muy bien; andaba de puntillas para no hacer ruido; pero en cuanto oía abrir la puerta, era una explosión de alegría sin par; desolada corría al encuentro de mi linda hermanita, diciéndole: «¡Oh, Celina!, dame pronto el pan bendito». Olvidósele cierto día, por lo que, perplejas,

nos preguntamos: «¿Qué haremos?...», ya que no podía pasarme sin él; pues a este festín lo llamaba yo *mi misa*. De pronto, una idea luminosa cruzó por mi mente: «¿No tienes pan bendito? Bueno, pues, *hazlo*». Abrió entonces el armario, y cortando un pedazo de pan, rezó ante él un *Ave María* con tono solemne, y me lo presentó triunfante. Yo, haciendo la señal de la cruz, lo comí con gran devoción, encontrándole el mismo *sabor que al pan bendito*.

24. Considerándose sin duda Leonia demasiado crecida para jugar a muñecas, vino un día a nuestro encuentro con una cesta llena de vestidos, de bonitos retazos de telas y otros adornos, y acostadita encima de todo, su muñeca. —Tomad, hermanitas, escoged lo que queráis— nos dijo. Celina echó una ojeada sobre todo aquello y eligió un ovillo de cordoncillo de seda. Yo, tras un momento de reflexión, alargué la mano a mi vez, diciendo: ¡Yo lo escojo todo! y sin más cumplidos me llevé la cesta y la muñeca. Este rasgo de mi infancia resume, por decirlo así, mi vida entera. Cuando vislumbré más tarde la perfección, comprendía que, para llegar a santa, era preciso padecer muchísimo, aspirar siempre a lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendía que en la santidad hay muchos grados de perfección, y que el alma es libre de responder como quiera a las insinuaciones de Nuestro Señor, de hacer poco o mucho por su amor; en una palabra: que puede *escoger* entre los sacrificios que El pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: —¡Dios mío, lo escojo todo! No quiero ser santa a medias; no tengo miedo de sufrir por Vos; tan sólo temo una cosa: conservar mi voluntad; tomadla, pues «escojo lo que Vos queréis».

25. Pero me aparto del asunto, Madre carísima; no he de hablar aún de mi juventud; estoy tratando de la pequeña de tres a cuatro años.

Me acuerdo de un sueño que tuve entonces y que se grabó profundamente en mi memoria. Soñé que iba a pa-

searme sola por el jardín, cuando de repente vi cerca de la glorieta dos espantosos diablillos que bailaban sobre un barril de cal, con agilidad asombrosa, a pesar de las pesadas cadenas que llevaban en los pies. Me miraron primero echando fuego por los ojos, y después, como poseídos de temor, los vi precipitarse, en un abrir y cerrar de ojos, en el fondo del barril. Volvieron a salir al punto por no sé qué rendija, y echaron a correr, escondiéndose, por último en la ropería, a nivel del jardín. Al verlos tan poco valientes, quise saber lo que iban a hacer, y dominando mi primer movimiento de terror, me acerqué a la ventana... Los pobres diablitos estaban allí corriendo por encima de las mesas y no sabiendo cómo arreglárselas para huir de mi vista. De cuando en cuando, se acercaban inquietos a espiar por los cristales, y al verme allí todavía, comenzaban de nuevo su desesperada carrera.

Este sueño no tiene nada de extraordinario; creo, con todo, que fue un medio que empleó Dios para darme a entender que un alma en estado de gracia no tiene nada que temer del demonio, que es cobarde, pronto a huir ante la mirada de un niño.

26. —¡Qué feliz era yo en aquella edad, Madre mía!— No sólo comenzaba a gozar de la vida, sino que la virtud encerraba mil halagos para mí. Paréceme que entonces me encontraba en las mismas disposiciones de hoy, con grandísimo dominio ya de todas mis acciones. Así, por ejemplo, tenía la costumbre de no quejarme nunca cuando me quitaban algo mío; o bien, si me acusaban injustamente, prefería callar, más bien que excusarme; mas en ello no había mérito alguno por mi parte, pues lo hacía naturalmente.

¡Ah, con qué rapidez pasaron aquellos años llenos de luz y calor de mi tierna infancia! ¡Qué impresión tan suave dejaron en mi alma! Recuerdo complacida los días que papá nos conducía al pabellón, y sobre todo los paseos del domingo, en los que nos acompañaba siempre nuestra buena madre. Todavía experimento los profundos y

poéticos afectos que nacían en mi corazón a la vista de los campos de trigo, esmaltados de amapolas, acianos y margaritas. Gustaba ya de los lejanos horizontes, del espacio de los árboles: en una palabra, el esplendor de la naturaleza me hechizaba y transportaba mi alma al paraíso.

Durante aquellos largos paseos, encontrábamos a menudo algunos pobres; siempre era Teresita la encargada de llevarles la limosna, y en ello gozaba extraordinariamente. Muchas veces también encontraba mi buen padre demasiado largo el camino para su *reinecita* por lo que, con gran disgusto de ella, la iba a acompañar a casa; mas al regresar, traía siempre Celina, para consolarla, su lindo canastillo de margaritas.

27. En verdad puedo decir que todo en la tierra me sonreía, mi camino estaba sembrado de flores, y mi buen natural contribuía en mucho a hacerme la vida agradable. Pero iba a comenzar una nueva fase; a la que había de ser pronto esposa de Jesús, tocábale sufrir desde la niñez. Al igual que las flores de la primavera empiezan a germinar bajo la nieve, abriéndose a los primeros rayos del sol, la florecita, cuyos recuerdos escribo, tuvo que pasar por el invierno de la tribulación y llenar su tierno cáliz del rocío de las lágrimas...

CAPITULO II

MUERTE DE SU MADRE.-«LOS BUISSONNETS».

AMOR PATERNO.-PRIMERA CONFESION.

LAS VELADAS DE INVIERNO.-VISION PROFETICA.

1. Tengo todavía presentes en mi corazón todos los pormenores de la enfermedad de mi madre, particularmente las últimas semanas que pasó en la tierra. Celina y yo parecíamos unas pobrecitas desterradas. Todas las mañanas venía a buscarnos la señora X*** y pasábamos el día en su casa. Una vez no tuvimos tiempo de rezar nuestras oraciones antes de salir, y Celina me dijo en voz baja por el camino: -¿Diremos que no hemos rezado todavía?- Ya lo creo -le respondí-. Confió entonces tímidamente su secreto a aquella señora, la cual nos dijo: -Ahora podréis hacerlo, hijitas mías. Y dejándonos en una habitación muy grande, se marchó. Celina me miró estupefacta... Yo no lo estaba menos, por eso exclamé: -¡Ay, no es como mamá! Siempre se quedaba a hacernos rezar.

2. A pesar de las distracciones que se esforzaba en procurarnos, el pensamiento de nuestra querida madre se nos presentaba de continuo durante el día. Recuerdo que en cierta ocasión dieron a Celina un hermoso albaricocque; y llegándose a mí, me dijo: -No lo comeremos, se lo daré a mamá.- Mas, ¡ay!, nuestra querida madre estaba demasiado enferma para comer las frutas de la tierra; sólo debía saciarse ya de la gloria de Dios en el cielo, y beber con Jesús el misterioso vino de que habló en la Última Cena, prometiendo compartirlo con nosotros en el reino de su Padre.

3. La conmovedora ceremonia de la Extremaunción quedó grabada en mi alma; todavía me parece ver el lugar donde me hicieron arrodillar; todavía oigo los sollozos de nuestro padre. Al día siguiente de la muerte de mamá, tomándome en brazos me dijo: —Ven a besar por última vez a tu mamáita.— Yo, sin pronunciar palabra, acerqué mis labios a la helada frente de mi adorada madre.

No recuerdo haber llorado mucho, pero a nadie comuniqué los profundos sentimientos que embargaban mi corazón; observaba y escuchaba en silencio. Veía también muchas cosas que hubieran querido ocultarme, y hubo un momento en el cual me encontré sola frente al ataúd, colocado de pie en el pasillo. Permanecí largo rato contemplándolo; nunca había visto ninguno, pero comprendí para qué servía; era yo tan pequeña, que debía levantar la cabeza para verlo por entero, y me parecía muy grande, muy triste...

Quince años después, me encontré ante otro ataúd, el de nuestra santa Madre Genoveva, y me creí otra vez en los días de mi niñez. Todos esos recuerdos acudieron en tropel a mi memoria; la Teresita de entonces había crecido; ya no le parecía grande el ataúd; ya no levantaba la cabeza para mirarlo, ya no la levantaba, sino para contemplar el cielo, que le parecía muy alegre, pues las tribulaciones habían madurado y templado su alma de tal modo, que nada en la tierra podía ya entristecerla.

4. Al morir mi querida madre, Dios no me dejó del todo huérfana; el mismo día que recibía cristiana sepultura, me dio otra madre, dejándome en libertad de escogerla. Estábamos reunidas las cinco hermanas mirándonos tristemente, y al vernos tan desconsoladas, se enterneció nuestra criada y exclamó mirándonos a Celina y a mí: —¡Pobrecitas niñas, ya no tenéis madre!— Entonces Celina, echándose en brazos de María, le dijo: —¡Ahora serás tú nuestra madre!— Yo no solía imitar en todo a Ce-

lina; en estas circunstancias debía haberlo hecho como nunca; pero pensé que quizá Paulina tendría pena y que se sentiría demasiado sola sin tener una hija propia; entonces la miré a V. R. con ternura, y escondiendo mi cabecita en su pecho, dije: —¡Pues para mí, Paulina será mi madre!

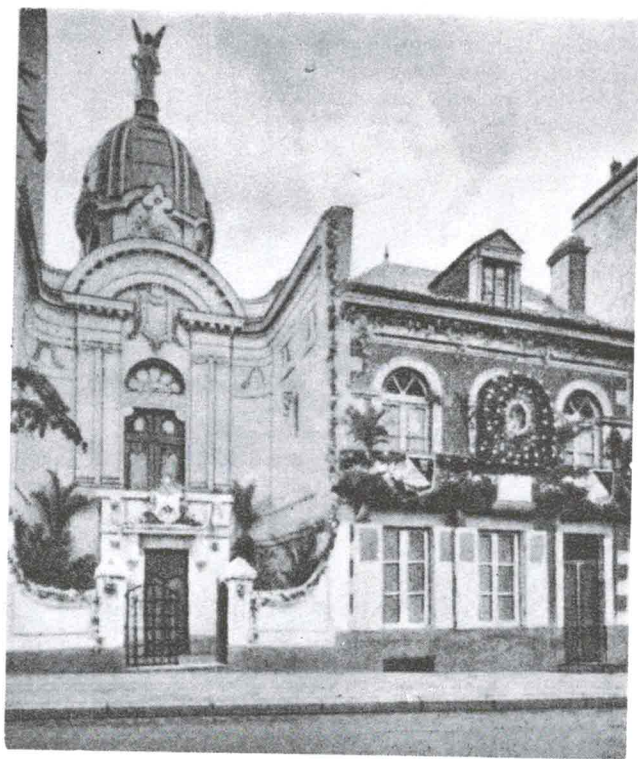
5. En esa época, según ya llevo dicho, empieza el segundo período de mi vida, el más doloroso, sobre todo desde la entrada en el Carmen de la que había escogido por mi segunda madre. Este período comprende desde la edad de cuatro años y medio hasta la de catorce, fecha en que volví a recobrar mi carácter de niña, sin dejar por ello de comprender cada vez más lo serio de la vida.

6. Sabe muy bien V. R., Madre mía, que después de la muerte de mamá, cambié por completo de carácter; antes era viva, expansiva y alegre; ahora, tímida, dulce, de exagerada sensibilidad. Bastaba una mirada a veces para que me deshiciera en lágrimas; no me gustaba que se cuidaran de mí; el trato de los extraños se me hacía insostenible; sólo vivía a recobrar mi alegría en la intimidad de la familia, donde seguía rodeada de las mayores atenciones y delicadezas. El corazón ya tan afectuoso de mi padre parecía enriquecido de un amor verdadero maternal, y las sentía a V. R. y a María transformadas para conmigo en las más tiernas y desinteresadas madres. Si Dios no hubiera prodigado a la florecita en sus bienhechores rayos, jamás hubiera podido aclimatarme en la tierra. Demasiado tierna todavía para soportar las lluvias y las tormentas le era necesario calor, suave rocío y brisas primaverales. Nada de esto le faltó ni siquiera bajo la nieve de la tribulación.

7. No tuve ningún sentimiento de abandonar Alezón; a los niños les gusta el cambio y todo lo que se sale de lo ordinario; por eso me trasladé con gusto a Lisieux. No me he olvidado del viaje; llegamos de noche a casa de mi



SANTA TERESITA CON SU MADRE
(De un cuadro de Celina)



CASA DONDE NACIO SANTA TERESITA
(Alenzón)

tío, y todavía veo a mis primas, Juana y María, esperándonos a la puerta de la casa con mi tía. ¡Ah cuánto agradeció mi corazón el cariño que nos demostraron nuestros parientes!

Al siguiente día nos condujeron a nuestra nueva vivienda, conocida con el nombre de «Les Buissonnets», situada en un barrio solitario, vecino del hermoso paseo llamado «Jardín de la Estrella». La casa me pareció preciosa; tenía un hermoso mirador desde donde disfrutaba de espléndido y extenso panorama. Delante de la fachada había un jardín inglés y detrás de la casa otro gran jardín; todo esto era feliz novedad para mi infantil imaginación. En efecto: aquella alegre morada fue teatro de muy dulces alegrías y de inolvidables escenas de familia. En otra parte, según he dicho ya, me consideraba como desterrada, lloraba, echaba de menos a mi madre; pero allí se dilataba mi corazoncito, sonriendo todavía a la vida.

Me despertaban sus caricias, rezaba a su lado la oración de la mañana y daba luego con V. R. mi lección de lectura. Todavía recuerdo que la palabra *cielo* fue la primera que pude leer sola. Terminada la clase, subía al mirador, sitio predilecto de mi padre. ¡Qué júbilo el mío cuando podía anunciarle que había merecido buena calificación!

8. Todas las tardes iba a dar con él un paseíto y a visitar el Santísimo Sacramento, cada día en una iglesia diferente. De este modo entré por primera vez en la capilla del Carmen. —¿Ves, reina mía? —me dijo papá—, detrás de esa reja hay santas religiosas que alaban siempre a Dios. —¡Cuán lejos estaba yo de pensar que nueve años después me encontraría entre ellas, y recibiría en este bendito Carmen tan grandes mercedes!

9. A la vuelta del paseo, cumplía mis tareas escolares, y el resto del día brincaba por el jardín, alrededor de mi amado padrecito. No sabía jugar a muñecas; mi mayor diversión consistía en preparar tisanas con semillas y cor-

tezas de árboles; cuando tomaban un bonito color, las ofrecía al punto a papá en una linda tacita, que daba verdaderamente deseos de saborear su contenido. Mi cariñoso padre dejaba en el acto su trabajo, y sonriendo hacía como si bebiera. También me gustaba cultivar flores, y me divertía levantando altarcitos en un hueco que por suerte se encontraba en medio de la pared de mi jardín. Cuando todo estaba listo, corría a llamar a papá, quien por darme gusto se extasiaba ante mis maravillosos altares, admirando lo que consideraba yo como obra maestra. No acabaría nunca si quisiese referir los mil recuerdos de esta clase que conservo en mi memoria; jamás podré explicar todas las ternuras prodigadas por mi incomparable padre a su *reinecita*.

10. De gran felicidad eran para mí los días en que mi *querido rey*, como gustaba llamarle, me llevaba a pescar. Algunas veces probaba yo también de hacerlo con mi cañita de pescar, pero más a menudo prefería sentarme algo retirada en el florido prado. Allí mis pensamientos se tornaban muy profundos, y sin saber lo que era meditar, se sumergía mi alma en verdadera oración. Escuchaba los ruidos lejanos y el murmullo del viento; a veces llegaban a mis oídos algunas notas perdidas de la música militar de la ciudad, llenando mi corazón de suave melodía. Parecíame la tierra un lugar de destierro, y soñaba en el cielo.

De este modo se pasaba la tarde volando; se acercaba la hora de volver a los Buissonnets; pero antes de recoger los utensilios de pesca, tomaba la merienda que llevaba en mi cestilla. Mas, ¡ay!, la hermosa rebanada de pan con dulce, que me había preparado V. R., había cambiado de aspecto; ya no tenía su vivo color rojo, sino sólo de rosa *descolorida y marchita*. Entonces la tierra me parecía todavía más triste, y pensaba que sólo en el cielo gozaría de una alegría serena, sin nubes.

11. A propósito de nubes: hallándonos en el campo cierto día, encapotóse el hermoso cielo azul, y comenzó a rugir con fuerza la tempestad, acompañada de deslumbradores relámpagos. Yo me volvía a derecha e izquierda, sin querer nada de aquel misterioso espectáculo, y por fin vi caer un rayo en un prado cercano. Lejos de atemorizarme en lo más mínimo, me llené de contento pareciéndome que Dios estaba muy cerca de mí. No le sucedió lo mismo a mi querido padre, pues menos satisfecho que su reina, vino a sacarla de su arrobamiento. Ya la hierba y las margaritas, más altas que yo, brillaban cuajadas de piedras preciosas, y cuenta que debíamos atravesar varios prados antes de llegar a la carretera. Me tomó, pues, en brazos, a pesar de los utensilios de pesca, y desde allí contemplaba abajo los hermosos diamantes, casi lamentando no verme cubierta e inundada de ellos.

12. Me parece no haber dicho que durante mis paseos diarios, tanto en Lisieux como en Alenzón, llevaba limonas muy a menudo a los pobrecitos. Un día vimos a un pobre viejo que se arrastraba trabajosamente sobre unas muletas; me acerqué para darle mi monedita; mas él, fijando en mí una mirada intensa y triste, sacudió la cabeza con dolorosa sonrisa y rehusó mi limosna. No puedo explicar lo que pasó en mi corazón. Yo deseaba consolarle, aliviarle, y, en vez de esto, tal vez acababa de humillarle, de darle pena. Sin duda adivinó mi pensamiento, pues le vi luego volverse y sonreirme de lejos. Como mi buen padre acaba de comprarme un pastel, entráronme entonces grandes deseos de correr tras el anciano y dárselo, pensando: «No ha querido dinero, pero seguramente aceptará un pastel». A pesar de esto, no sé qué temor me retuvo; estaba tan apenada, que casi no podía contener las lágrimas. Acordéme por fin de haber oído que el día de la Primera Comuni3n se alcanza cuanto uno pide, y esta idea me consoló al punto, pues aunque no tenía más que seis años pensé: «Rezaré por mi

pobre el día de mi Primera Comunión». Cinco años más tarde cumplí fielmente mi resolución. Siempre he creído que mi infantil plegaria por aquel miembro dolorido de nuestro Señor, fue bendecida y recompensada.

13. A medida que crecía, amaba más a Dios; muy a menudo le ofrecía mi corazón, sirviéndome de la fórmula que me había enseñado mamá me esforzaba en agradar a Jesús en todas mis acciones, poniendo especial cuidado en no ofenderle jamás. A pesar de ello, cometí un día una falta digna de ser referida en este lugar, porque es para mí causa de mucha humillación, y creo haber tenido de ello contrición perfecta.

Era el mes de mayo de 1878. Considerándome V. R. demasiado pequeña para asistir a los ejercicios del mes de María todas las tardes, hacía mis oraciones en casa, junto con la criada, ante un altarcito que arreglaba yo a mi gusto. Era todo tan pequeñito, los candelabros, los floreros, etc., que bastaban dos cerillas para alumbrarlo perfectamente. En ocasiones, daba Victoria la sorpresa de traerme dos verdaderos cabos de vela, para que durase más mi provisión de cerillas, pero esto era muy contadas veces.

Nos disponíamos una tarde a rezar: —¿Quieres empezar el «Acordaos» mientras yo enciendo?— le dije. Hizo además de empezar, pero me miró y se echó a reír muy alto. Yo veía consumirse rápidamente mis preciosas cerillas, por lo que la supliqué otra vez que dijera muy pronto el *Acordaos*. A pesar de todo, ¡el mismo silencio!, ¡las mismas carcajadas! Entonces, al colmo de la indignación, me levanté, y saliendo de mi habitual mansedumbre, di con el pie en el suelo con toda mi fuerza y le grité: —¡Eres muy mala, Victoria!— A la pobre muchacha se le heló la risa en los labios, me miraba muda de extrañeza, y me mostraba, aunque por desgracia demasiado tarde, los dos cabos de vela escondidos debajo de su delantal. Después de haber llorado de cólera, derramé lágrimas de contrición, y llena de vergüenza y desconsuelo, tomé la firme resolución de no volver a hacerlo jamás.

14. Poco tiempo después, fui a confesarme. ¡Grato recuerdo! V. R. Madre querida, me decía: Teresita, no es a un hombre sino a Dios mismo a quien vas a declarar tus pecados.— Llegué a convencerme de ello, tanto, que le pregunté a V. R., muy en serio, si tendría que decirle al Rvdo. señor Ducellier, *que le amaba con todo mi corazón*, puesto que era Dios a quien iba a hablar en su persona. Bien enterada de cuanto tenía que decir, entré en el confesionario y me puse de rodillas; pero como era tan pequeña que mi cabeza no llegaba a la tablilla donde se apoyan las manos, el sacerdote abrió la ventanilla y no vio a nadie. Díjome entonces que me quedase de pie; y yo, obedeciendo al momento, me levanté y poniéndome exactamente frente a él, para verle mejor, me confesé y recibí su bendición con gran espíritu de fe, pues habíame dicho V. R. que en este momento solemne las lágrimas del Niño Jesús caían en mi alma para purificarla. Recuerdo muy bien la exhortación que me hizo; me animaba principalmente a ser devota de la Santísima Virgen y me prometí redoblar mi ternura con la que ocupaba ya puesto tan grande en mi corazón. Al concluir, entregué mi rosario al sacerdote para que lo bendijese, y salí del confesionario tan ligera y contenta, que nunca había experimentado tanta alegría. Era ya de noche; al pasar bajo un farol, me detuve, saqué el rosario recién bendecido de mi bolsillo, y empecé a dar vueltas en todas direcciones. —¿Qué miras, Teresita? —me preguntó V. R.— Miro cómo está hecho un rosario bendito.— Esta ingenua respuesta la regocijó mucho. Durante largo tiempo quedé penetrada de la gracia que había recibido, y desde entonces quise confesarme en las grandes fiestas. Puedo decir que aquellas confesiones llenaban de alegría toda mi alma de niña.

15. *¡Las fiestas!...* ¡Ah, cuán fragantes recuerdos trae a mi memoria esa palabra! *¡Las fiestas!...* ¡Cuánto me gustaban! Sabía V. R. explicarme tan bien los misterios ocultos de cada una de ellas, que esos días de la tierra ve-

nían a ser para mí los días del cielo. Me gustaban sobre todo las procesiones del Santísimo Sacramento. ¡Qué alegría poder sembrar de flores el camino por donde pasaba Dios! Antes de dejarlas caer las lanzaba muy alto, gozando extraordinariamente cuando veía que mis rosas deshojadas tocaban la Sagrada Custodia.

16. *¡Las fiestas!* ¡Ah! Si las solemnes eran pocas, en cambio cada semana me traía una muy querida para mi corazón: el *domingo*. ¡Día radiante, consagrado a Dios y al descanso! Toda la familia asistía radiante a la Misa Mayor: recuerdo aún que como la capilla que ocupábamos estaba muy distante del púlpito, en el momento del sermón teníamos que ir a buscar sitio en la nave; esto no era fácil, pero todo el mundo se apresuraba a ofrecer sillas a Teresita y a su padre. Mi tío se alegraba de vernos llegar a los dos; me llamaba *su rayito de sol*, y decía que era un cuadro interesantísimo el de aquel venerable patriarca llevando de la mano a su hijita. Yo no me cuidaba poco ni mucho de que me mirasen; solamente me absorbía en escuchar con atención al sacerdote. El primer sermón que comprendí fue uno sobre la Pasión de Nuestro Señor que me dejó muy enternecida. Tenía cinco años y medio, y desde entonces pude comprender y apreciar el sentido de todas las instrucciones.

Siempre que se trataba de Santa Teresa, se inclinaba mi padre hacia mí, diciéndome al oído: «Escucha bien, reinécita mía; hablan de tu santa Patrona». Yo escuchaba, en efecto, pero confieso que miraba más a menudo a mi padre que al predicador. ¡Me decía tantas cosas su hermosa fisonomía. Llenábansele a veces los ojos de lágrimas, y en vano procuraba contenerlas. Cuando escuchaba las verdades eternas, diríase que no habitaba ya en la tierra; su alma parecía arrobada en otro mundo. Mas, ¡ay!, muy lejos estaba su carrera de llegar al término; largos y dolorosos años debían transcurrir todavía antes que el hermoso cielo se le abriera y enjugara el Señor con su divina mano las lágrimas amargas de su fiel servidor.

17. Volviendo a mi vida del domingo, recuerdo que pasaba esta alegre fiesta rápidamente, pero con cierto deje de melancolía. Nada turbaba mi felicidad hasta el Oficio de Completas; en esta hora, un sentimiento de tristeza embargaba mi alma; pensaba que al día siguiente habría de empezar otra vez la vida ordinaria: trabajar, estudiar las lecciones; sentíase mi corazón desterrado en el mundo, suspirando por el descanso del cielo, por el domingo sin ocaso de la verdadera patria.

18. Antes de regresar a los Buissonnets, mi tía nos invitaba, una tras otra, a pasar la tarde en su casa, y muy contenta estaba yo cuando me tocaba el turno. Escuchaba con grandísimo placer cuando decía mi tío; sus conversaciones serias me interesaban mucho, no sospechando él de seguro la atención que a ellas prestaba. Pero cuando me sentaba en una de sus rodillas y cantaba con voz potente «Barba azul», mezclábase mi alegría de terror.

A eso de las ocho venía mi padre a buscarnos. Recuerdo que por el camino iba yo contemplando las estrellas con un arrobamiento indescriptible... Sobre todo fijaba mi vista con delicia en un grupo de perlas de oro en el profundo firmamento (el tahali de Orión), observaba que tenía la forma de una T*** y por el camino decía a mi amado padre: «Mira, papá, ¡mi nombre está escrito en el cielo! Después, no queriendo ver nada de la tierra miserable, le rogaba que me guiara; y sin mirar donde asentaba los pies, levantando muy alto mi cabecita, no me cansaba de contemplar la estrellada bóveda azul.

19. ¿Qué diré respecto a nuestras veladas de invierno en los Buissonnets? Después de jugar una partida de damas, María o Paulina leían el *Año Litúrgico* y varias páginas de algún libro interesante al par que instructivo. Mientras tanto me acomodaba yo sobre las rodillas de papá, y terminada la lectura, me cantaba éste con su hermosa, voz melodiosas cantinelas, como si quisiera hacer-

me dormir. Apoyaba yo entonces la cabeza sobre su corazón, meciéndome él suavemente. Subíamos por fin a rezar las oraciones de la noche, y me arrodillaba también al lado de mi buen padre; no tenía más que mirarle para saber cómo oran los santos. Rezadas las oraciones, me acostaba mi madrecita, y ya en la cama, le preguntaba invariablemente: —¿He sido buena hoy? ¿está Dios contento de mí? ¿volarán los angelitos en torno mío?...— La respuesta era siempre afirmativa; a no ser así, hubiera pasado la noche entera llorando. Después de este interrogatorio, V. R. y mi madrina me besaban, quedándose Teresita sola en la oscuridad.

20. Considero como verdadera gracia que me acostumbrasen desde pequeña a vencer el miedo. A veces al anoecer me mandaba V. R. a buscar sola algo en un cuarto apartado, sin admitir réplica; esto me convenía, pues de lo contrario, hubiera sido muy miedosa. En cambio, hoy es difícil asustarme.

21. Pregúntome cómo pudo educarme V. R. con tanto cariño sin mimarme, pues no me toleraba la menor imperfección. Jamás me reprendía sin justo motivo, pero tampoco, y de ello estaba yo bien convencida, cambiaba de resolución. V. R. recibió mis confidencias más íntimas, y aclaraba todas mis dudas. Un día le pregunté sorprendida por qué Dios no daba en el cielo idéntica gloria a todos sus escogidos, pues temía que no todos fuesen felices. Entonces mandóme traer el vaso grande de papá y lo puso al lado de mi dedalito; llenó los dos de agua, y me preguntó cuál me parecía más lleno. Yo le respondía que los veía tan llenos el uno como el otro y que era imposible echarles más agua de la que podía caber en ellos. Entonces, V. R., *madrecita mía*, me hizo comprender cómo, en el cielo, el último de los justos no envidiaría en nada la felicidad del primero. De este modo, poniendo a mi alcance los más sublimes secretos, daba a mi alma el sustento necesario.

22. ¡Con qué júbilo veía llegar cada año la repartición de premios! Aunque concurría yo sola, la justicia, como siempre, era rigurosa; no se me otorgaba ni una recompensa más de las que rigurosamente merecía. El corazón me latía con fuerza al escuchar mi sentencia y al recibir de manos de mi «Rey», en presencia de toda la familia, los premios y las coronas. Era para mí como una imagen del juicio final.

23. ¡Ay! Al ver a nuestro padre tan contento, no preveía yo las grandes tribulaciones que le aguardaban.

Esto, no obstante, Dios me mostró un día, en visión extraordinaria, la viva imagen de ese dolor venidero. Papá estaba de viaje y debía tardar algunos días en volver; serían poco más o menos las dos o las tres de la tarde; brillaba el sol con vivo resplandor y la naturaleza toda parecía de fiesta. Estaba yo sola, asomada a una ventana que daba a la huerta, con la imaginación llena de alegres pensamientos, cuando vi ante el lavadero, enfrente de mí, un hombre vestido enteramente como papá, de su misma estatura —manera de andar—, pero además muy encorvado y envejecido. Digo *envejecido*, refiriéndome al conjunto de su persona, porque no le veía la cara, pues llevaba la cabeza cubierta con un denso velo. Con paso acompasado, avanzaba lentamente a lo largo de mi jardincito. Me sobrecogió el ánimo un sentimiento de terror sobrenatural, y llamé en voz muy alta y temblorosa: —¡Papá! ¡Papá!— Pero el misterioso personaje no daba muestras de oírme; continuó su camino sin volverse siquiera, dirigiéndose a un grupo de abetos que dividía la avenida central del jardín. Esperaba verle aparecer otra vez al lado de los altos árboles; mas la *visión* profética se había desvanecido.

Todo esto duró sólo un instante, pero se grabó tan profundamente en mi memoria, que hoy, a pesar de haber transcurrido tantos años, mi recuerdo es tan vivo como la misma visión.

María estaba con V. R., Madre mía, en una habitación contigua y, al oírme llamar a papá, experimentaron tam-

bién cierta impresión de susto. Disimulando María su turbación, corrió hacia mí, preguntándome por qué llamaba a papá sabiendo que estaba en Alezón. Referí lo que acababa de ver, y para tranquilizarme, me dijeron que sin duda la criada habría querido asustarme cubriéndose la cabeza con el delantal.

Pero interrogaron a Victoria, y ésta aseguró que no había salido de la cocina; además, la verdad no podía oscurecerse en mi mente: —Yo había visto a un hombre, y este hombre se parecía enteramente a papá.— «Entonces nos dirigimos todos al bosquecillo, y no encontrando nada detrás de él, V. R. me dijo que no pensase más en ello. Pero me era imposible no pensar en ello; muy a menudo me presentaba la imaginación aquella visión misteriosa; con frecuencia intentaba levantar el velo que me ocultaba su significado, y guardaba en el fondo de mi alma la íntima convicción de que algún día se me revelaría por completo.

24. Ya lo sabe V. R. todo, Madre carísima; ya lo sabe ahora que era verdaderamente nuestro padre aquel que me mostró Dios avanzando, encorvado por la edad y llevando en su venerable rostro, en su encanecida cabeza, la señal de su grande prueba. Así como la adorable Faz de Jesús se veló durante su Pasión, del mismo modo debía velarse el rostro de su siervo fiel en los últimos días de su humillación, para aparecer más radiante y esplendoroso en los cielos. ¡Qué admiración me causa el proceder de Dios mostrándonos de antemano esa cruz preciosa, como un padre que deja entrever a sus ojos el glorioso porvenir que les prepara, complaciéndose él mismo en su amor en considerar las riquezas sin precio que han de constituir la herencia de ellos!

25. Mas se me ocurre una idea: ¿Por qué dio el Señor semejante luz a una niña, la cual, si la hubiese sabido interpretar, muriera de dolor? ¿Por qué? ¡He aquí uno de esos misterios impenetrables que sólo comprenderemos en



SANTA TERESITA A LOS DIEZ AÑOS



ABADIA DE LAS BENEDICTINAS
DE LISIEUX

Fue relicario de la Santita hasta el
bombardeo de junio de 1944, en el que
desapareció, junto con los gratísimos
recuerdos que conservaba.

el cielo, para admirarlo eternamente!

¡Dios mío, cuán bueno sois! ¡Cómo sabeis proporcionar las cruces a nuestras fuerzas! En aquel tiempo ni siquiera tenía ánimos para pensar sin terror en que papá pudiera morir. Subido un día en una escalera muy alta, a cuyo pie me hallaba yo, díjome estas palabras: —Apártate de aquí, reíñecita mía, pues te aplastaría si me cayese—. Al oírlas rebelóse todo mi ser interiormente, y acercándome más todavía a la escalera pensé: «Por lo menos, si papá se cae, no tendré dolor de verle morir: moriré con él». ¡No, no me es posible explicar cuánto le quería! Todo lo suyo me causaba admiración. Cuando me explicaba sus ideas sobre asuntos muy serios, tal como pudiera hacerlo con una joven ya mayor, le decía ingenuamente: «Si hablaras así a los prohombres del gobierno, con seguridad, papá, que te elegirían rey; Francia sería entonces feliz como nunca lo ha sido; pero tú serías desgraciado, que tal es la suerte de todos los reyes; y luego ya no serías mi rey para mí solita; por tanto, prefiero que no te conozcan».

26. Tenía yo de seis a siete años cuando vi el mar por primera vez. Me impresionó profundamente; me era imposible apartar los ojos de aquel espectáculo. Su majestad, el rumor de sus olas, todo me hablaba de la grandeza y poder de Dios. Recuerdo que, en la playa, un caballero y una señora me miraron de largo rato, preguntaron a papá si yo era hija suya, y le dijeron que era una niña muy bonita. Al punto, papá les hizo señas para que no me dirigieran ningún cumplido. A mí me satisfizo mucho oír esto, pues no me consideraba bonita; tenía V. R., Madrecita mía, tanto cuidado en no decir jamás nada que pudiera hacerme perder mi sencillez y candor infantil, y la creía yo en todo tan ciegamente, que no di importancia alguna a las palabras y muestras de admiración de aquellas personas, por lo que ya no pensé más en ello.

27. Por la tarde de aquel día, a la hora en que el sol parece bañarse en la inmensidad de las ondas, dejando

delante de sí un surco luminoso, fui a sentarme con Paulina en una roca solitaria, largo tiempo contemplé aquel surco de oro que comparaba mi hermana a la gracia iluminando en la tierra el camino de las almas fieles. Representóseme el corazón, en medio del luminoso surco, como una ligera barquilla con graciosa vela blanca, y tomé la resolución de no alejarlo jamás de la mirada de Jesús para que pudiera bogar en paz y rápidamente hacia la playa celestial.

CAPITULO III

EL PENSIONADO.-DOLOROSA SEPARACION EXTRAÑA ENFERMEDAD SONRISA VISIBLE DE LA REINA DEL CIELO

1. Tenía ocho años y medio cuando terminó Leonia su educación, entrando yo a reemplazarla en la Abadía de las Benedictinas. Me pusieron en una clase de niñas todas mayores que yo; una de ellas, de catorce años, a pesar de ser poco inteligente, sabía imponerse a las pensionistas. Al ver el cariño que me demostraban todas las religiosas, y que a pesar de ser la más pequeña era casi siempre la primera en las composiciones, tuvo envidia de mí y me hizo pagar de mil maneras mis pequeños triunfos. Mi natural tímido y delicado no sabía defenderse, contentándome con llorar sin decir nada. Celina, lo mismo que V. R., Madrecita mía, ignoraban mi pena, y yo no tenía bastante virtud para sobreponerme a tales miserias, de modo que mi pobre corazoncito sufría mucho.

2. Por fortuna, cada noche volvía al hogar paterno, y allí se dilataba mi alma. Saltaba sobre las rodillas de papá, le decía las notas que había merecido y sus besos me hacían olvidar todas mis penas. ¡Con qué gozo anuncié el resultado de mi primera composición! Había tenido sobresaliente y recibí en recompensa una flamante monedita de plata, que guardé en mi alcancía, destinándola a los pobres, lo mismo que hice casi cada jueves en adelante. Estos mismos le eran realmente necesarios a la pobre florecita; sí le era menester hundir a menudo sus tiernas raíces en la tierra amada y selecta de la familia, ya que en

ninguna otra parte encontraba la savia precisa para su subsistencia.

3. Todos los jueves teníamos asueto; pero esas vacaciones no se parecían a las que me concedía V. R., las cuales, por lo regular, pasaba yo en el mirador con mi padre. No sabiendo jugar como las demás niñas, no me consideraba compañera muy agradable; sin embargo, hacía todo lo posible para imitar a las otras, sin conseguirlo jamás.

4. Después de la compañía de Celina, que me era, por decirlo así, indispensable, buscaba sobre todo la de mi primita María, porque me dejaba elegir los juegos que me gustaban; nuestros corazones y nuestras voluntades marchaban ya siempre a la par, como si Dios nos hubiera hecho presentir que abrazaríamos un día la misma vida religiosa en el Carmen.

5. Muy a menudo, en casa de mi tío, María y Teresita se convertían en dos verdaderos eremitas muy penitentes, sin más bienes que una pobre cabaña, un trigalito y un jardín, donde cultivaban algunas legumbres. Pasaban la vida en continua contemplación, reemplazándose el uno al otro en la oración cuando era necesario ocuparse en la vida activa. Todo lo hacíamos con la cordialidad, silencio y modales propios de religiosos. Si íbamos de paseo, continuábamos nuestro género de vida, aun en la calle; los dos ermitaños iban rezando el rosario, contando con los dedos para no llamar la atención del indiscreto público. Pero un día se descuidó *el solitario Teresa*, pues le dieron un pastel para su merienda, y antes de comérselo, hizo una gran señal de la cruz, por lo cual muchos profanos del siglo no pudieron contener una sonrisa.

Nuestra unión de voluntades era excesiva a veces. Volviendo una tarde de la Abadía, quisimos imitar la modestia de los solitarios. Yo dije a María: —Guíame, voy a cerrar los ojos. —Yo quiero cerrarlos también —me respon-

dió—. Y ambas los cerramos.

No debíamos temer los carruajes, pues íbamos por la acera; pero después del agradable paseo de algunos minutos, en que las dos aturdidas saboreaban la delicia de caminar sin ver, cayeron juntas sobre unas cajas colocadas a la puerta de un almacén y las volcaron de golpe. Al punto salió el comerciante lleno de cólera para levantar sus mercancías; pero las ciegas voluntarias se habían levantado solas y andaban precipitadamente con los ojos y oídos bien abiertos para oír los justos reproches de Juana, que parecía tan enfadada como el mercader.

* * *

6. Nada he dicho aún de mis nuevas relaciones con Celina. En Lisieux se trocaron los papeles; tornóse ella un diablillo lleno de malicia, y Teresita una niñita mansa, pero en extremo llorona. Así es que necesitaba un defensor, siendo de ver la intrepidez con que mi querida hermanita se encargaba de este oficio. Solíamos hacernos a menudo regalitos que nos proporcionaban mutuamente grandísimo placer. ¡Ay!, es que en aquella edad no conocíamos los desengaños de la vida; nuestra alma, en toda su lozanía, se abría como flor primaveral, dichosa de recibir el rocío de la mañana; la misma ligera brisa balanceaba nuestra corolas. Sí, nuestras alegrías eran comunes: claramente lo experimenté el hermoso día de la Primera Comunión de mi querida Celina.

7. Contaba yo entonces siete años de edad y no iba aún a la Abadía. ¡Cuán grato recuerdo guardo de su preparación! Durante las últimas semanas, V. R., Madre mía, le hablaba cada noche del grande acto que iba a cumplir; yo escuchaba, ávida de prepararme también, y cuando ordenaban que me retirase diciéndome que era todavía demasiado pequeña, se entristecía mucho mi corazón. Me parecía que cuatro años eran demasiado para prepararse a recibir a Dios.

Una noche oí que le decían a mi feliz hermanita: —Desde la primera Comunión, tendrás que empezar una vida enteramente nueva.— Entonces tomé la resolución de no esperar hasta aquel día para comenzar yo también una vida nueva, sino que decidí empezarla al mismo tiempo que Celina.

Los días del retiro preparatorio los pasó mi hermana como interna en la Abadía. ¡Cuán largos me parecieron! Llegó por fin el venturoso día. ¡Ah, que deliciosa impresión dejó en mi alma! Fue para mí como el prelude de mi Primera Comunión. ¡Cuántas gracias recibí! Considero aquel día como uno de los más hermosos de mi vida.

* * *

8. He retrocedido algo en mi relato para mencionar este inefable recuerdo; tócame ahora hablar de la dolorosa separación que destrozó mi alma, al arrebatarme Jesús a mi tierna y amada *madrecita*. Le había dicho un día, que me gustaría retirarme con ella a algún apartado desierto; respondiéndome que aquél era también su deseo, pero que para realizarlo, aguardaría a que yo fuese bastante mayor. Tomó en serio Teresita este imposible proyecto, y icuál no sería su desconsuelo al oír a su querida Paulina hablar con María de su próxima entrada en el Carmen! No sabía yo lo que era el Carmen, pero comprendí que había de dejarme para entrar en un convento; comprendí que no me esperaría.

¿Cómo podré expresar la angustia de mi corazón? En un instante se me presentó la vida con toda su realidad, llena de sufrimientos y continuas separaciones, y derramé amarguísimas lágrimas. Ignoraba entonces el goce del sacrificio; era yo débil, tan sumamente débil, que considero como un gran favor del cielo el haber podido soportar, sin morir, aquella prueba, que aparentemente era muy superior a mis fuerzas.

9. Nunca olvidaré la ternura con que me consoló mi madrecita. Me explicó la vida del claustro, y una noche, repasando solita en mi corazón el cuadro que me había trazado, sentí que el Carmen era el desierto donde Dios nuestro Señor quería también ocultarme. Lo sentí con tal fuerza, que no cruzó por mi mente la menor duda de ello; no fue una ilusión de niña que se deja arrastrar por el entusiasmo, sino la certidumbre de un llamamiento divino. Aquella impresión, que me es imposible describir, dejéme con una paz muy grande.

10. Al día siguiente confié mis deseos a Paulina, y considerándolos ésta como voluntad del cielo, me prometió conducirme pronto al Carmen para ver a la Madre Priora a quien podría confiar mi secreto.

11. Se escogió un domingo para esta solemne visita. Grande fue mi contrariedad cuando supe que tendría por compañera a mi prima María, bastante joven aún para poder ver a las Carmelitas. Esto no obstante, era indispensable encontrar un medio de quedar sola, y he aquí lo que se me ocurrió: dije a María que, habiéndose concedido el privilegio de ver a la Reverenda Madre, debíamos ser muy amables y corteses, y para ello confiarle nuestros secretos; por tanto, que sería preciso salir un momento la una y después la otra. A pesar de su repugnancia en confiar secretos, que no tenía, María dióme crédito y pude así quedar sola con la Madre María de Gonzaga, quien oyó mis grandes confidencias y se convenció de mi vocación; con todo, me dijo que no se recibían postulantes de nueve años y sería preciso esperar hasta cumplir los dieciséis. A pesar del vivo deseo de entrar con Paulina y hacer mi Primera Comunión el día de su toma de hábito, tuve que resignarme.

12. ¡Llegó al fin el 2 de octubre de 1882, día de lágrimas y de bendiciones, en el cual tomó Jesús la primera de sus flores, flor regalada, que había de ser pocos años

después, Madre de mis hermanas. En tanto que mi padre, en compañía de mi tío y de María, subía la montaña del Carmelo para ofrecer su primer sacrificio, mi tía me llevó a misa, con Leonia y Celina. Llorábamos de tal manera al entrar en la iglesia, que la gente nos miraba con extrañeza, pero esto no me impidió manifestar mi dolor. Me parecía imposible que el sol pudiera continuar luciendo sobre la tierra.

Quizá encuentre V. R., Madrecita mía, que exagero un tanto mi pena. Comprendo que aquella ausencia no hubiera debido afligirme hasta el extremo; pero he de confesar que distaba mucho mi alma de haber alcanzado su madurez y había de salvar todavía muchos escollos antes de arribar a las benditas playas de la paz, antes de gustar los deliciosos frutos del total abandono y de perfecto amor.

13. La tarde de aquel mismo día, 2 de octubre de 1882, vi a mi querida Paulina, convertida en sor Inés de Jesús, tras las rejas del Carmen. ¡Cuánto sufrí en aquel locutorio! Ya que escribo la historia de mi alma, pareceme que debo declararlo todo. Pues bien: confieso que no fueron nada los primeros sufrimientos de la separación comparados con los que siguieron. Yo, que estaba acostumbrada a conversar tan íntimamente con mi madrecita, a duras penas conseguía verla a solas dos o tres minutos al finalizar en el locutorio la visita de la familia. Excuso decir que los pasaba derramando lágrimas, y me iba con el corazón destrozado.

No comprendía que hubiera sido imposible dedicarnos a menudo media hora a cada una, y que debía reservar la mayor parte del tiempo a mi padrecito y a María; no me hacía cargo de esto, y me decía en lo íntimo de mi corazón: «¡He perdido a mi Paulina!» Mi espíritu se desarrolló tan extraordinariamente en medio del sufrimiento, que poco después caí enferma de gravedad.

* * *

14. La enfermedad que me atacó provenía sin duda alguna de la envidia del demonio, el cual, furioso por esta primera entrada en el Carmen, pretendió vengarse en mí del perjuicio tan grande que debía causarle mi familia en lo futuro. Mas ignoraba él que la Reina del Cielo velaba cuidadosamente por su florecita, que le sonreía desde arriba y haría cesar la tempestad en el crítico momento en que su delicado y frágil tallo fuera a troncharse sin remedio.

15. Al finalizar aquel año de 1882, me dio un dolor de cabeza continuo, pero soportable, que no me impidió proseguir mis estudios; esto duró hasta la Pascua de 1883. Por entonces fue papá a París con Leonia y María, dejándonos a Celina y a mí al cuidado de mis tíos. Cierta noche, encontrándome sola con mi tío, empezó a hablarme de mamá y de los recuerdos pasados con tal ternura, que me llegó al alma y me hizo llorar. Mi sensibilidad le impresionó; quedó sorprendido de que en mi edad tuviese yo los sentimientos que expresaba, y resolvió proporcionarme toda clase de distracciones durante los días de vacación.

Dios lo tenía dispuesto de otra manera. Aquella misma noche se me agravó en extremo el dolor de cabeza y me entró un temblor extraño que me duró hasta el día siguiente. Mi tía no se separó de mí un momento; como verdadera madre, me colmó durante toda mi enfermedad de los más solícitos, tiernos y abnegados desvelos.

16. ¡Cómo expresar el dolor de mi pobrecito padre al encontrarme en aquel estado desesperante a su regreso de París! Creyó de pronto que me moría; pero nuestro Señor hubiera podido responderle: —No, esta enfermedad no es mortal; ha sido ordenada para gloria de Dios.— Efectivamente, Dios fue glorificado en aquella tribulación. Lo fue por la admirable resignación de mi padre y de mis hermanas, particularmente de María. ¡Cuánto sufrió por mi causa! ¡Qué agradecimiento tan grande guardo a esta que-

rida hermana! Su corazón le dictaba lo que requería mi estado, y verdaderamente el corazón de una madre puede más que la ciencia de los más sabios doctores.

* * *

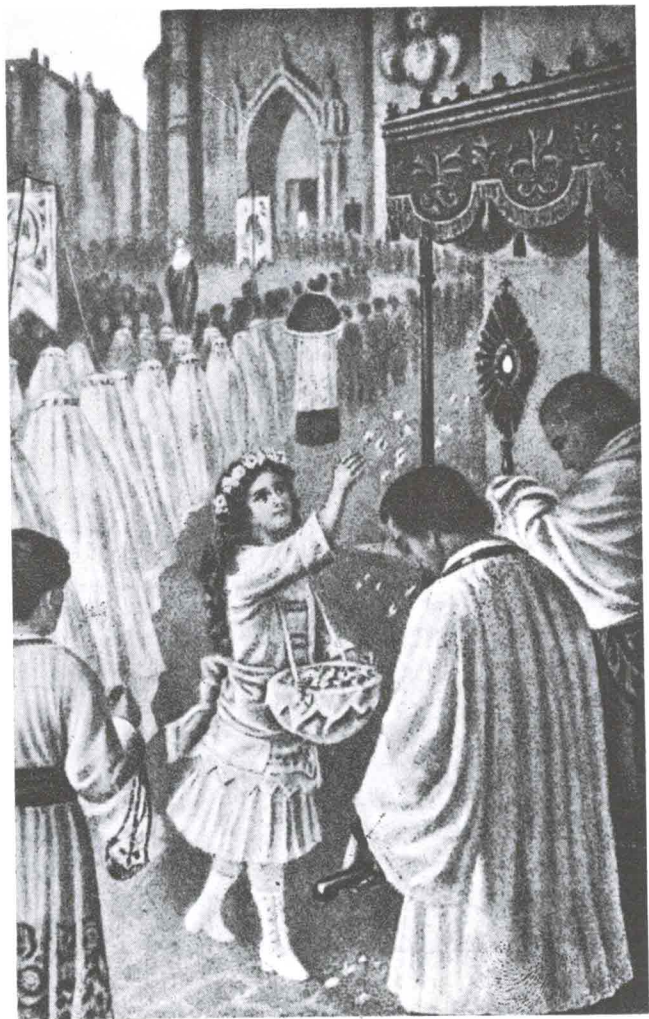
17. Entretanto, aproximábase, Madre mía, su toma de hábito, si bien evitaban hablar de ello ante mí por temor de afligirme, pensando que no podría asistir a ella. Pero en lo íntimo de mi corazón yo abrigaba la creencia de que Dios me daría el consuelo de volver a ver en tal día a mi querida Paulina. Sí, abrigaba el convencimiento de que aquella fiesta no tendría nubes; sabía que Jesús no privaría a su esposa de la presencia de esta hijita, cuya enfermedad tanto la había hecho ya sufrir.

Y así sucedió; pude abrazar a mi *madre querida*, sentarme en su falda, esconderme bajo su velo y recibir sus dulces caricias; pude contemplarla sumamente embelesadora bajo sus blancos atavíos.

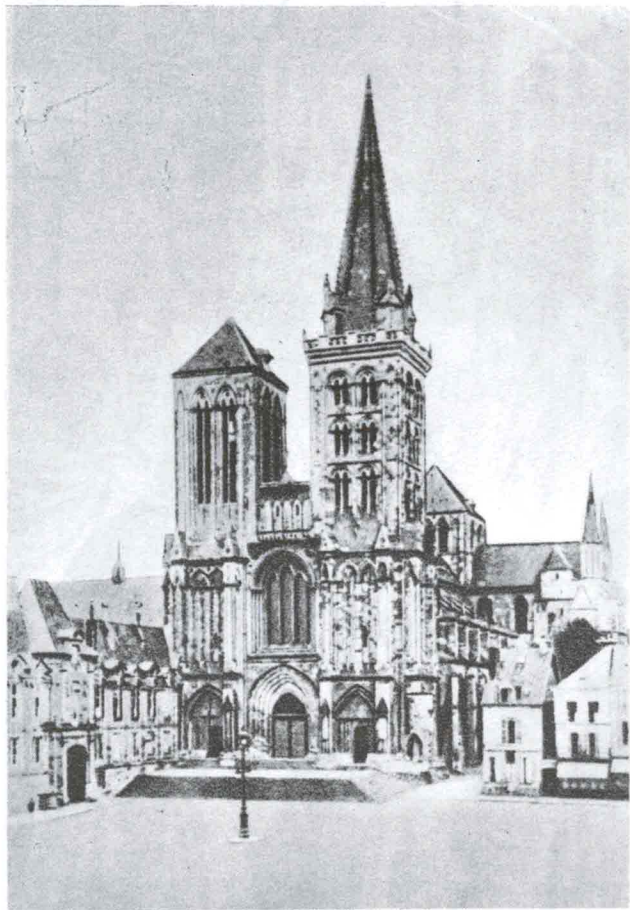
18. Verdaderamente, fue aquel un día espléndido en medio de mi sombría tribulación, pero un día, o mejor dicho, una hora que pasó con extraordinaria rapidez, pues pronto me vi obligada a subir al coche que me alejó del Carmen.

Al llegar a los Buissonnets, me hicieron acostar, aunque no sentía cansancio alguno; pero al otro día volví a recaer tan gravemente que, según los humanos cálculos, era imposible que sanara.

19. No sé como explicar aquel mal tan extraño. Decía cosas que no pensaba; hacía otras como obligada, y, a pesar mío, casi siempre parecía delirar; con todo, tengo la seguridad de no haber perdido ni un solo instante el conocimiento. A veces permanecía desmayada horas enteras, hasta el punto de quedarme privada por completo de acción. Pero en medio de aquel entorpecimiento extraor-



¡QUE DICHA ARROJAR FLORES AL
PASO DE LA EUCARISTIA!



IGLESIA DE SAN PEDRO. LISIEUX
En ella recibió la Santita por vez primera, el Sacramento de la Penitencia. Fue antigua catedral de Lisieux, hasta que Napoleón unió esta ciudad a Bayeux.

dinario, oía claramente cuanto se decía en torno mío, aunque fuera en voz baja; todavía me acuerdo de ello.

¡Qué terrores más espantosos me sugería el demonio! Tenía miedo absolutamente de todo; mi cama me parecía rodeada de horribles precipicios; varios clavos que había en la pared de la habitación, tomaban a mis ojos la aterradora figura de unos dedotes negros y carbonizados, que me arrancaban gritos de espanto.

20. Un día que me miraba mi padre, en silencio, y su sombrero, que tenía en la mano, se transformó de repente en no sé que forma horrible, causándome terror tan grande, que al notarlo mi pobre papá, se marchó sollozando.

Mas si Dios permitió al demonio que se acercara a mí exteriormente, también me enviaba ángeles visibles para consolarme y fortalecerme. María no me dejaba un momento; jamás demostró el menor disgusto ni cansancio, a pesar del trabajo que le daba, pues no consentía que se apartara de mí un instante. Durante las comidas, me hacía compañía Victoria, pero yo no cesaba de llamar llorando: «¡María! ¡María!» Si salía de casa, había de ser para ir a Misa o ver a Paulina; solamente entonces la dejaba marchar sin protesta.

21. ¿Qué diré de Leonia y de mi Celinita? ¡Cuánto hicieron por mí! Los domingos pasaban horas enteras encerradas con una pobre niña que parecía idiota. ¡Ay, queridas hermanitas, cuánto os hice padecer!

22. Mis tíos fueron también sumamente cariñosos conmigo. Cada día venía a verme mi tía y me traía mil chucherías. No puedo expresar hasta qué punto aumentó mi ternura para con ellos durante mi enfermedad. Comprendí mejor que antes lo que muy a menudo nos decía mi padre: «No olvidéis nunca, hijas mías, la abnegación extraordinaria que os demuestran vuestros tíos».

En los días de su ancianidad la experimentó él tam-

bién; ahora protegerá y bendecirá desde el cielo a los que le prodigaron tan cariñosas y desinteresadas atenciones.

23. En los escasos momentos de tregua que me concedía el dolor, era mi mayor goce tejer coronas de margaritas y miosotas para la Virgen María. Estábamos a la sazón en el hermoso mes de mayo; la naturaleza toda se engalanaba con flores primaverales; sólo la *florecita* languidecía y parecía marchita para siempre; pero brillaba a su lado un sol, la imagen milagrosa de la Reina de los Cielos, y a menudo, muy a menudo, volvía la *florecita* su corola hacia ese astro bendito.

24. Un día entró papá muy conmovido en mi aposento, y con profunda expresión de tristeza, acercóse a María y le dio unas cuantas monedas de oro, pidiéndole que escribiera a París para encargar una novena de Misas en el Santuario de Nuestra Señora de las Victorias, para obtener la curación de su pobre reñecita. ¡Su fe y su amor me penetraron el alma! Cuánto hubiera dado por poder levantarme y decirle que estaba sana! Mas ¡ay! mis deseos no podían hacer un milagro, y era preciso uno muy grande para devolverme la vida. Sí, se imponía un gran milagro, y lo hizo por completo Nuestra Señora de las Victorias,

25. Un domingo, durante la novena, salió María al jardín dejándome al cuidado de Leonia, que leía junto a la ventana. Al cabo de algunos minutos, me puse a llamar casi en voz baja: «¡María! ¡María!» Leonia estaba acostumbrada a oírme gemir constantemente y no me hizo caso. Entonces grité muy alto, y al punto acudió María. La vi muy bien entrar; mas, ¡ay!, por primera vez, no la reconocí. Miré en torno mío, dirigí al jardín una mirada ansiosa y empecé otra vez a llamar: «¡María! ¡María!»

Imposible describir el dolor que me causaba aquella